

pararon á tiro de arcabuz de los bergantines á esperar la flota; que les pareció no dar batalla con tan pocas y cansadas. Llegóse poco á poco tantas canoas, que henchían la laguna. Daban tantas voces, hacían tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que no se entendían unos á otros; y decían tantas villanías y amenazas, como dicho habían á los otros españoles y tlaxcaltecas. Estando pues así, cada cual armada con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y á tiempo, que pareció milagro. Cortés entonces, alabando á Dios, dijo á los capitanes que arremetiesen juntos y á una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en Méjico, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuánto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo á los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas, que con el tiempo contrario ya comenzaban de huir. Con el ímpetu que llevaban, á unas quebraban, á otras echaban á fondo; y á los que alzaban y se defendían, mataban. No hallaron tanta resistencia como al principio pensaban; y así, las desbarataron presto. Siguiéronlas dos leguas, y acorraláronlas dentro la ciudad. Prendieron algunos señores, muchos caballeros y otra gente. No se pudo saber cuántos fueron los muertos, mas de que la laguna pareció de sangre. Fué señalada victoria, y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los nuestros quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida. No se perdieran así, sino por ser tantas, que se estorbaban unas á otras; ni tan presto, sino por el tiempo. Albarado y Cristóbal de Olid, como vieron la rota, estrago y alcance que Cortés hacía con los bergantines en las barcas, entraron por la calzada con sus haces. Combatieron y tomaron ciertas puentes y albarradas, por mas recio que se defendían; y con el favor de los bergantines que les llegó corrieron los enemigos una legua, haciéndolos saltar en la laguna á la otra parte, que no había fustas. Tornáronse con esto, mas Cortés pasó adelante; y como no parecían canoas, saltó en la calzada que va de Iztacpalapan, con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, á do le recibió Moteczuma. Ganólas, aunque con harto peligro y trabajo; ca los que dentro estaban eran muchos y las defendían bien. Hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos, que cubrían la calzada y que estaban muy rehacios y recios de echar. Tiraron una vez, y hicieron mucho daño; mas como se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ya la puesta del sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés aunque otra cosa tenía pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche. Envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda, y por la mitad de la gente de Culhuacan.

Cómo puso Cortés cerco á Méjico.

Estuvo Cortés aquella noche á tan gran peligro como temor, porque no tenía mas de cien compañeros, ca los otros en los bergantines eran menester, y porque hacía la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de ene-

migos en barcas y por la calzada, con terrible grito y flechería; pero mas fué el ruido que las nueces, aunque fué novedad, porque no acostumbran pelear á tal hora. Dicen algunos que por el daño que recibían con los tiros de los bergantines se volvieron; á la que amanecía llegaron á Cortés ocho de caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristóbal de Olid, y los de Méjico comenzaron luego á combatir las torres por agua y tierra, con tantos gritos y alaridos como suelen; salió Cortés á ellos, corriólos la calzada adelante, y ganó una puente con su baluarte, y hízoles tanto daño con los tiros y caballos, que los encerró y siguió hasta las primeras casas de la ciudad; y porque recibía daño y le herían muchos desde las canoas, rompió un pedazo de la calzada por junto á su real para que pasasen cuatro bergantines de la otra parte; los cuales, á pocas arremetidas, acorralaron las canoas á las casas, y así quedó señor de ambas lagunas. Otro día partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapan para Culhuacan, y de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en la laguna, porque salieron á pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que por ellos, como por puente, pasase el ojo de la calzada, que habían rotpido los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y fué para Cortés con diez de caballo; hallóle revuelto con los de Méjico, apeóse á pelear, y atravesáronle un pié con una vara. Otros muchos españoles quedaron aquel día heridos, mas bien se lo pagaron sus enemigos; ca de tal manera los trataron, que de allí adelante mostraban mas miedo y menos orgullo que solían. Con lo que hasta aquí había hecho, pudo Cortés muy á su placer asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le pareció, y proveerse de pan y de otras muchas cosas necesarias; tardó en ellos seis días, que ninguno pasó sin escaramuza, y los bergantines hallaron canales para navegar al rededor de la ciudad, que fué cosa muy provechosa; entraron muy adentro de Méjico, y quemaron muchas casas por los arrabales. Cercóse Méjico por cuatro partes, aunque al principio se determinó por tres; Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas. Pedro de Albarado en Tlacopan, Cristóbal de Olid en Culhuacan, y Gonzalo de Sandoval creó que en Xaltoca, porque Albarado y otros dijeron que por aquel cabo se saldrían los de Méjico viéndose en aprieto, si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesara á Cortés dejar salida al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovechase de la tierra, metiendo por allí pan, armas y gente; ca pensaba él aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dicen: «A tu enemigo, si huye, hazle la puente de plata.»

La primera escaramuza dentro en Méjico.

Quiso Cortés un día entrar en Méjico por la calzada y ganar cuanto pudiese de la ciudad, y ver qué ánimo ponían los vecinos; mandó decir á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval que cada uno acometiese por su estancia, y á Cristóbal de Olid que le enviase ciertos peones y algunos de caballo, y que con los demás guardase la entrada de la calzada de Culhuacan de los de

Xochmilco, Culhuacan, Iztacpalapan, Vitcilopuchtlí, Mexicalcínco, Cuiclabac, y otras ciudades allí al rededor, aliadas y sujetas; no le entrasen por detrás; mandó asimesmo que los bergantines fuesen á raíz de la calzada, haciéndole espaldas por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con mas de docientos españoles y hasta ochenta mil amigos, y á poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenían quebrado de la calzada, que sería cuanto una lanza en largo y otra en hondo. Peleó con ellos, y defendiéronse muy gran pieza detrás de un baluarte; al fin les ganó aquello y los siguió hasta la entrada de la ciudad, donde había una torre, y al pié della una puente muy grande alzada, con muy buena albarrada; por debajo de la cual corría gran cantidad de agua. Era tan fuerte de combatir y tan temeroso de pasar, que la vista sola espantaba, y tiraban tantas piedras y flechas, que no dejaban llegar á los nuestros; todavía lo combatió, y como hizo llegar junto los bergantines por la una parte y por la otra, lo ganó con menor trabajo y peligro que pensaba; lo cual fuera imposible sin ayuda dellos; como los contrarios comenzaron á dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines, y luego pasó por ellos y á nado el ejército. Los de Tlaxcallan, Huecócínco, Chololla y Tezcucó cegaron con piedra y adobes aquella puente. Los españoles pasaron adelante y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y mas ancha calle de la ciudad; y como no tenía agua, pasaron fácilmente, y siguieron los enemigos hasta otra puente, la cual estaba alzada y no tenía mas de una sola viga; los contrarios, no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua á mas andar, por ponerse en salvo. Quitaron la viga y pusieronse á la defensa; llegaron los maestros y estancaron, como no podían pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso sin tener bergantines; y como desde la calle y baluarte, y de las azoteas peleaban con mucho corazon y les hacían daño, hizo Cortés asestar dos tiros á la calle, y que tirasen á menudo las ballestas y escopetas. Recibían con esto mucho daño los de la ciudad, y aflojaban algo de la valentía que al principio tenían; los nuestros lo conocieron, y arrojáronse ciertos españoles al agua, y pasáronla; como los enemigos vieron que pasaban, desampararon las azoteas y la albarrada, que habían defendido dos horas, y huyeron. Pasó el ejército, y luego hizo Cortés á sus indios cegar aquella puente con los materiales de la albarrada y con otras cosas; los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y á dos tiros de ballesta hallaron otra puente, pero sin albarrada, que estaba junto á una de las principales plazas de la ciudad; asentaron allí un tiro con que hacían mucho mal á los de la plaza; no osaban entrar dentro, por los muchos que en ellas había; mas al cabo, como no tenían agua que pasar, determinaron de entrar; viendo los enemigos la determinación puesta en obra, vuelven las espaldas, y cada uno echó por su parte, aunque los mas fueron al templo mayor; los españoles y sus amigos corrieron en pos dellos. Entraron dentro, y á pocas vueltas los lanzaron fuera, que con el miedo no sabían de sí. Subieron á las torres, derribaron muchos ídolos, y anduvieron un rato por el patio. Cuahutimoc reprehendió mucho HA.

á los suyos porque así huyeron; ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía; y como no había caballos, revolvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el círculo del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron y les hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuánta vergüenza les era huir. Mas en fin, no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, ca los aquejaban reciamente. Retiráronse á la plaza, donde quisieran rehacerse; mas también fueron echados de allí; desampararon el tiro que poco antes dije, no pudiendo sufrir la furia y fuerza del enemigo. Llegaron á esta sazón tres de caballo, y entraron por la plaza alanceando indios; como los vecinos viesan caballos, comenzaron á huir y los nuestros á cobrar ánimo, y á revolver sobre ellos con tanto ímpetu, que les tornaron á ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas y entraron en las capillas, y mataron diez ó doce mejicanos que se hacían fuertes allí, y tornáronse á salir. Vinieron luego otros seis de caballo, juntáronse con los tres, y ordenaron todos una celada, en que mataron mas de treinta mejicanos. Cortés entonces, como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger. Cargó tanta multitud de contrarios á la retirada, que si por los de caballo no fuera, peligraran hartos españoles, porque arremetían como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera aviso de allanar los malos pasos de la calle y calzada. Todos huyeron y pelearon muy bien; que la guerra lo lleva. Los nuestros quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrasen no recibiesen tanto daño con piedras, que de las azoteas les tiraban. Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado pelearon muy bien por sus cuarteles.

El daño y fuego de casas.

Andaba en este tiempo don Fernando de Tezcucó por su tierra visitando y atrayendo sus vasallos al servicio y amistad de Cortés, que para esto se quedó; y con su maña, ó porque á los españoles les iba prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Culhuacan, que señorea Tezcucó, y seis ó siete hermanos suyos, que mas no pudo, aunque tenía mas de ciento, segun después se dirá; y á uno dellos que llamaban Itzlixuchilh, mancebo esforzado y de hasta veinte y cuatro años, hizo capitán, y envióle al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió alegremente, agradeciéndole su voluntad y obra. Tomó para su real treinta mil dellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en Méjico este socorro y favor que don Fernando enviaba á Cortés, porque lo quitaba á ellos, y porque venían allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro en la ciudad estaban con Cuahutimocin. Dos días después que Itzlixuchilh llegó, vinieron los de Xochmilco y ciertos serranos de la lengua que llaman otomilh, á darse á Cortés, rogando que les perdonase la tardanza, y ofresciendo gente y vitualla para el cerco. El holgó mucho con su venida y ofrescimiento, porque siendo aquellos sus amigos, estaban seguros los



del real de Culhuacan. Trató muy bien los embajadores, dijoles cómo dende á tres días quería combatir la ciudad; por tanto, que todos viniesen para entonces con armas, y que en aquello conocería si eran sus amigos; y así los despidió. Ellos prometieron de venir y cumplieronlo. Envió tras esto tres bergantines á Sandoval y otros tres á Pedro de Albarado, para estorbar que los de Méjico no se aprovechasen de la tierra, metiendo en canoas agua, frutas, centli y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer á los españoles todas las veces que entrasen por la calzada á combatir la ciudad; ca él tenía muy bien conocido de cuánto provecho eran aquellos navios estando cerca de las puentes. Los capitanes dellos corrían noche y día toda la costa y pueblos de la laguna por allí; hacían grandes saltos, tomaban muchas barcas á los enemigos, cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban á ninguna entrar ni salir. El día que aplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, informó los capitanes de lo que habían de hacer, y salió de su real con veinte caballos y trecientos españoles, y gran muchedumbre de amigos, y dos ó tres piezas de artillería. Encontró luego con los enemigos, que, como en tres ó cuatro días atrás no habían tenido combates, habían abierto muy á su placer lo que los nuestros cegaron, y hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados. Mas como vieron bergantines por la una parte y por la otra de la calzada, alojaron la defensa. Conocieron luego los nuestros el daño que hacían: saltan de los bergantines en tierra y ganan el albarrada y puente; pasó luego el ejército, y dió en pos de los enemigos, los cuales á poco trecho se guarescieron en otra puente. Mas presto, aunque con harto trabajo, se la ganaron los nuestros, y los siguieron hasta otra; y así, peleando de puente en puente, los echaron de la calzada y de la calle, y aun de la plaza. Cortés anduvo con hasta diez mil indios, cegando con adobes, piedra y madera todos los caños de agua, y allanando los malos pasos; y fué tanto de hacer, que se ocuparon en ello todos aquellos diez mil indios hasta hora de vísperas. Los españoles y amigos escaramuzaron todo este tiempo con los de la ciudad, de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron. También anduvieron un rato por las calles que no tenían agua ni puentes los de caballo alanceando ciudadanos, y desta manera los tuvieron cerrados en las casas y templos. Era cosa notable lo que nuestros indios hacían y decían aquel día á los de la ciudad: unas veces los desafiaban, otras los convidaban á cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres, y decían: «Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenaremos y mañana la almorzaremos, y después vernemos por mas: por eso no hayais, que sois valientes, y mas os vale morir peleando que de hambre;» y luego tras esto apellidaron cada uno su ciudad y ponían fuego á las casas. Mucho pesar tomaban mejicanos de verse así afligidos por españoles; empero mas les pesaba en verse ultrajar de sus vasallos, y en oír á sus puertas, victoria, victoria, Tlaxcallan, Chalco, Tezcuco, Xochmilco y otros pueblos así; ca del comer carne no hacían caso, porque también ellos se comían los que mataban. Cortés viendo los de Méjico tan

endurecidos y porfiados en defenderse ó morir, coligió dos cosas: una, que habría poca ó ninguna de las riquezas que en vida de Moteczuma vió y tuvo; otra, que le daban ocasion y le forzaban á los destruir totalmente. De entrambas le pesaba, pero mas de la postrera, y pensaba qué forma ternía por atemorizarlos y hacerles venir en conocimiento de su yerro y del mal que podían recibir; y por eso derribó muchas torres y quemó los ídolos; quemó asimesmo las casas grandes en que la otra vez posó, y la casa de las aves, que cerca estaba. No había español, mayormente de los que antes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas porque á los ciudadanos les pesaba mucho, las dejaron quemar. Y nunca mejicanos ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto mas de aquellos pocos españoles, bastara entrar en Méjico á su pesar, y poner fuego á lo principal de la ciudad. Entre tanto que ardía el fuego recogió Cortés su gente y volvióse para su real. Los enemigos quisieran remediar aquella quema, mas no pudieron; y como vieron ir á los contrarios, diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos que, de cargados con el despojo, iban rezagados. Los de caballo, que podían muy bien correr por la calle y calzada, los detenían á lanzadas; y así, antes que anocheciese estaban los nuestros en su fuerte y los enemigos en sus casas, los unos tristes y los otros cansados. Mucha fué la matanza deste día, pero mas fué la quema que de casas se hizo; porque sin las ya dichas, quemaron otras muchas los bergantines por las calles donde entraron. También entraron por su parte los otros capitanes; mas como era solamente para divertir los enemigos, no hay mucho que contar.

#### La diligencia de Cuahutimoc y de Cortés.

Otro día siguiente muy de mañana, y después de haber oído misa, tornó Cortés á la ciudad con la misma gente y orden, porque los contrarios no tuviesen lugar de limpiar las puentes ni hacer baluartes. Mas por bien que madrugó, fué tarde, ca no se durmieron en la ciudad; sino luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacían albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban, y hartos perescían en la obra, del sueño y hambre que, sobre cansados, pasaban. Mas no podían al hacer, porque Cuahutimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas; y aunque fueron recias de tomar, las ganó. Duró el combate dellas de las ocho á la una después de mediodía; y como había grandísimo calor y mucho trabajo, padescieron infinito. Gastóse toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y almacén que los ballesteros llevaban. Harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel día. Al retirar recibieron algun daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venían tan ciegos y engolosinados, que no advertían á las celadas que les ponían de los de caballo, en las cuales morían muchos, y los delanteros, que debían ser mas esforzados, y aun con todo este daño, no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó también este día dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda

de los tres bergantines, y mató hartos enemigos. Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello había eran grandes, porque cada día tenía un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabían nadar, otros no osaban, y otros no querían, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decían que ya que no pasaba el real adelante, debía sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conocía esto, no lo quería hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podían cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del día y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdía; pues sustentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el día, no podían pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podría seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazón de sus españoles, que cayendo ó levantando habían de hacer como él, seguía su parecer, y no el ajeno.

#### Cómo tuvo Cortés docientos mil hombres sobre Méjico.

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, ó tan enemigos de mejicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpalapan, Mexicalcingo, Cluitlauac, Vitclopuchli, Culhuacan y otros lugares de la laguna Dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió á Méjico le habían enojado. A esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mejicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen mas daño. El los recibió en su amparo, y les dijo que no les sería hecho mas mal; y que nunca dellos tuvo enojo, sino de los de Méjico, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacía saber cómo no levantaría el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba de ayudasen con acalles, pues tenían muchos, y con la mas gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabían en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servían; que los demás en Culhuacan dormían siempre, que no estaba mas de legua y media. También proveyeron estos el real de algun pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que en

tonces había en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y son algo diferentes de las nuestras. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salían libremente entre españoles. Veníanse todos á sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar; y así, pienso que había sobre Méjico docientos mil hombres; y aunque es mucho de ser capitán de tan grande ejército, fué mucho mas la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motin ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que va de Tlacopan, que es muy principal y tiene siete puentes, para que libremente se comunicase con Pedro de Albarado, que con esto pensaba tener hecho lo mas; y para hacerlo llamó la gente y barcos de Iztacpalapan y de los otros pueblos de la laguna Dulce, y luego vinieron tres mil; mil y quinientos de los cuales echó con cuatro bergantines en la una laguna, y los otros mil y quinientos en la otra con los tres bergantines, para que corriesen la ciudad, quemasen casas, y hiciesen todo el mas daño que pudiesen. Mandó á cada guarnicion que entrase por su cuartel y calle matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y el metióse por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres. Ganó tres puentes della, y cególas; las otras dejó para otro día, y volvióse á su puesto. Tornó luego al siguiente día por la misma calle con la gente y orden pasada. Ganó muy gran parte de la ciudad, y nunca que Cuahutimoc diese señal de paz; de que mucho se maravillaba Cortés, y aun le pesaba, así por el mal que recibía, como por el que hacía.

#### Lo que hizo Pedro de Albarado por aventajarse.

Quiso Pedro de Albarado pasar su real á la plaza del Tlatelulco, porque pasaba trabajo y peligro en sustentar las puentes que ganaba con españoles á pié y á caballo, teniendo su fuerte lejos dellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitán, y porque le importunaban los de su compañía diciendo que les sería afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza antes que ellos, pues la tenían mas cerca que ninguno; y así, determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnicion, llegó á una puente quebrada, que tenía de largo sesenta pasos; ca porque los nuestros no pasasen la habían alargado y ahondado dos estados en agua. Combatióla, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó. Dejó dicho á unos que la cegasen, y siguió el alcance con hasta cincuenta españoles. Como los de la ciudad no vieron mas de aquellos pocos, que no podían pasar los de caballo, revolviéron sobre él tan de súbito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua, sin ver cómo. Mataron muchos de nuestros indios y prendieron cuatro españoles, que luego allí, para que todos los vieses, los sacrificaron y comieron. Albarado cayó de su locura por no creer á Cortés, que siempre le decía no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena; y otro tanto le pudiera entrevenir á él si creyera á los que decían que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor, porque ca-



da casa estaba ya hecha isla, las calzadas por muchas partes rompidas, y las azoteas llenas de cantos; que destos y otros tales ardidés muchos tuvo Cuahutimoc. Cortés fué á ver dónde había mudado su real Pedro de Albarado, y á le reprehender por lo sucedido, y avisarle de lo que tenia de hacer. Y como le halló tan metido dentro la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que había ganado, no solo no le culpó, mas loóle. Platicó con él muchas cosas tocantes á la conclusion del cerco, y volvióse á su real.

Las alegrías y sacrificios que hacian mejicanos por una victoria.

Dilataba Cortés de poner su real en la plaza, aunque cada dia entraba ó mandaba entrar á la ciudad á pelear con los vecinos, por las razones poco antes dichas, y por ver si Cuahutimoc se daría, y aun tambien porque no podia ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles, juntamente con el tesoro del Rey, viendo su determinacion y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza. El les dijo que hablaban como valientes, pero que convenia primero mirallo muy bien; ca los enemigos estaban fuertes y determinadissimos de morir defendiéndose. Tanto replicaron, que al cabo otorgó lo que pedian, y publicó la entrada para el dia siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Albarado la instruccion de lo que hacer debian; la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnicion, como que levantaba real, y que pudiese diez de caballo en la calzada, tras unas casas, porque si de la ciudad saliesen creyendo que huian, los alanceasen, y él que se viniese adonde Pedro de Albarado estaba, con diez á caballo y cien peones y con los bergantines; y dejando allí la gente, tomase los otros tres bergantines, y fuese á ganar el paso do fueron desbaratados los de Albarado; y si lo ganaba, que lo cegase muy bien antes de ir mas adelante; y que si fuese, no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase ciego y bien aderezado; y Albarado, que entrase cuanto pudiese á la ciudad, y que le enviasen ochenta españoles. Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por entrambas lagunas. Repartió la gente de su real en tres compañías, porque para ir á la plaza había tres calles. Por la una entraron el tesoro y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle envió á Jorge de Albarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles y mas de diez mil indios. Quedaron á la boca desta calle dos tiros y ocho de caballo. Cortés fué por la otra con gran número de amigos y con cien españoles á pié, de los cuales eran veinte y cinco ballesteros y escopeteros. Mandó á ocho de caballo que llevaba, quedarse, y que no fuesen tras él sin se lo enviar á decir. Desta manera entraron todos á un tiempo y cada cuadrilla por su cabo, y hicieron maravillas, derrocando hombres y albarradas y ganando puentes. Llegaron cerca del Tianquiztli; cargaron tantos indios de nuestros amigos, que entraron por las casas á escala vista

y las robaron; y segun iba la cosa, parecía que todo se ganaba aquel dia. Cortés les decia que no pasasen mas adelante, que bastaba lo hecho, no recibiesen algun revés, y que mirasen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas, en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesoro siguiendo victoria y alcance dejaron una quebrada falsamente ciega, que seria doce pasos en anchura y dos estados en hondura. Fué allí Cortés, como se lo dijeron, á remediar aquel mal recado; mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos y arrojarse al agua por miedo de los muchos y asecurivos enemigos que venian detrás, los cuales se echaban tras ellos por matarlos. Venian tambien por agua barcas, que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés y otros quince que allí estaban sino de dar las manos á los caidos; unos salian heridos, otros medio ahogados, y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga, que los cercó. Cortés y sus quince compañeros, embebecidos en socorrer á los del agua, y ocupados con los socorridos, no se dieron cata del peligro en que estaban; y así, echaron mano dél ciertos mejicanos, y llevaránelo sino por Francisco de Olea, criado suyo, que cortó las manos al que le tenia asido, de una cuchillada; al cual mataron luego allí los contrarios; y así, murió por dar la vida á su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones, capitán de la guarda; trabó del brazo á Cortés, y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces, á la fama que Cortés era preso, acudian españoles á la brega, y uno de caballo hizo algun tanto de lugar; mas luego le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta. Estancó un poco la pelea, y Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron; y porque no se podia pelear allí bien á caballo, recogió los españoles, dejó aquel mal paso, y salióse á la calle del Tlacopan, que es ancha y buena. Murió allí Guzman, camarero de Cortés, por querer darle un caballo; cuya muerte dió mucha tristeza á todos, ca era honrado y valiente. Anduvo tan revuelta la cosa, que cayeron al agua dos yeguas; la una se remedió, la otra mataron indios, como hicieron al caballo de Guzman. Estando combatiendo una albarada el tesoro y sus compañeros, les echaron de una casa tres cabezas de españoles, diciendo que otro tanto harian dellos si no alzaban el cerco. Viendo esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco á poco. Los sacerdotes se subieron á unas torres del Tlatelulco, encendieron braseros, pusieron sahumeros de copalli en señal de victoria. Desnudaron los españoles cativos, que serian hasta cuarenta, abrieronlos por el pecho, sacáronles los corazones para ofrescer á sus ídolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieran los nuestros ir allá y vengar aquella crueldad, ya que estorbar no la podian; mas bien tuvieron qué hacer en ponerse en cobro, segun la carga y priesa que les dieron los enemigos, no temiendo á caballos ni á espadas. Fueron este dia cuarenta españoles presos y sacrificados. Quedó herido Cortés en una pierna, y mas de otros treinta. Perdióse un tiro y tres ó cuatro caballos. Murieron cerca de dos mil indios amigos nuestros. Muchas de nuestras canoas se perdieron, y los bergantines es-

tuvieron para ello. El capitán y maestro de uno dellos salieron heridos, y el capitán murió de la herida dende á ocho dias. Tambien murieron peleando este mesmo dia cuatro españoles del real de Albarado. Fué aciago el dia, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de Méjico con grandes fuegos, con muchas bocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como antes las tenían. Pusieron velas en las torres, y centinelas cerca de los reales; y luego por la mañana envió el Rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca, en señal de la victoria habida, rogándoles que dejasen la amistad de españoles, y prometiendo que presto acabaria los que quedaban, y libraria toda la tierra de guerra; lo cual fué causa que algunas provincias tomasen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Cuixco contra Coahunauac. Sonóse luego esto por muchas partes, y temian los nuestros rebelion en los pueblos amigos y motin en el ejército; mas quiso Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro dia á pelear, por no mostrar flaqueza, y tornóse de la primera puente.

La conquista de Malinalco y Matalcinco y otros pueblos.

A dos dias del desbarato vinieron al real de Cortés los de Coahunauac, que ya de muchos dias eran sus amigos, á decirle cómo los de Malinalco y Cuixco les daban guerra y les destruian los panes y frutas, y le amenazaban á él para después que los hubiesen á ellos vencido; por tanto, que les diese alguna ayuda de españoles. Cortés, aunque tenia mas necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió españoles, tanto por no perder crédito, cuanto por la instancia con que los pedian; lo cual contradijeron algunos españoles, que no les parecia bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones españoles y diez de caballo, y por capitán á Andrés de Tapia, á quien encargó mucho la guerra y la brevedad. Dióle diez dias de plazo para ir y venir. Andrés de Tapia fué allá, juntóse con los de Coahunauac, halló los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande, abundante de agua, y asentado en un cerro muy alto, donde los caballos no podian subir. Taló lo llano, y tornóse. Hizo tanto fruto esta salida, que libró los amigos y atemorizó los enemigos, que tomaban alas pensando que iban muy de caída los españoles. Al segundo dia que Andrés de Tapia llegó de Coahunauac vinieron diez y seis mensajeros de lengua otomithl, quejándose de los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, que les hacian cruda guerra y que les habían destruido la tierra, quemado un lugar y llevado la gente; y que venian hácia Méjico con propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entonces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que proveyese presto de remedio, porque no estaban de allí mas de doce leguas, y eran muchos. Cortés creyó ser así, porque los dias atrás, cuando andaban peleando, le amenazaban mejicanos con Matalcinco. Envía allá á Gonzalo de Sandoval con dieciocho caballos y cien

peones y con muchos de aquella serranía que estaban dias había en el cerco. Tanto hizo Cortés esto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, como por socorrer aquellos; que bien sabia en cuánto peligro andaban los que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de Otomithl, que estaba destruida; llegó después á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran presa de un lugar que acababan de quemar; y como vieron españoles y hombres á caballo, huyeron, dejando buena parte del despojo. Pasaron otro rio y repararon en un llano. Sandoval los siguió. Halló en el camino fardales de ropa, cargas de centli y niños asados. Arremetió á ellos con los caballos. Llegaron luego los de pié, y desbaratólos. Huyeron. Siguiólos hasta cerrallos en Matalcinco, que estaba á tres leguas. Murieron en el alcance dos mil. La ciudad se puso en defensa para que entre tanto se fuesen mujeres y mochachos, y llevasen la ropa á un cerro muy alto, do había una como fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos, que serian hasta setenta mil. Entraron dentro, echaron fuera los vecinos, saquearon el pueblo y luego quemáronlo, y en esto se pasó la noche. Los vencidos se recogieron al cerro que digo. Tuvieron grandes llantos y alaridos y un estruendo increíble de atabales y bocinas hasta media noche; que después todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana. Fué al cerro, y no halló nadie ni rastro de los enemigos. Dió sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matalcinco, Malinalco y Cuixco. Y cumpliólo, porque luego les habló y los llevó á Cortés. El los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco, de que mucho pesó al rey Cuahutimoc.

Determinacion de Cortés en asolar á Méjico.

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tabazon de los bergantines, y que estaba con Pedro de Albarado del principio de la guerra, viendo que ya no peleaban españoles como solian antes, entró con solos los de su provincia, cosa que no se había hecho, á combatir la ciudad. Acometió una puente con mucha grita, y apellidando su linaje y ciudad, la ganó. Dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió los enemigos, que de industria para cogerle á la vuelta huian. Revolvieron sobre él, y trabóse una muy gentil escaramuza; ca unos y otros pelearon reciamente y á la igual. Pasaron grandes razones. Muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien. Diéronle carga, y pensaron asirle al paso del agua; mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros, que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia. Quedaron los de Méjico corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatian los nuestros segun solian, pensaban en Méjico que de cobardes ó enfermos, ó por ventura de hambrientos; y un dia al cuarto del alba dieron en el real de Albarado un buen rebato. Sintieronlo las velas, tocaron al arma, salieron los do